

SAN PONCIO, MÁRTIR.

ESTE Santo fué uno de los primitivos mártires de la Iglesia : padeció su martirio en la persecucion de Valeriano por los años de 258 en Cimelea, ciudad de los Alpes, que fué destruída despues por los lombardos, cuando de sus ruinas se levantó en las inmediaciones la ciudad de Nicea en Saboya. De la antigua solo ha quedado la famosa abadía de S. Pons en Cimelea, ó Cimies; y las reliquias del santo mártir fueron trasladadas al monasterio de Tomiers en Languedoc, donde el papa Juan XXII erigió una silla episcopal, llamada S. Pons de Tomiers : esta abadía fué secularizada en el año de 1625. S. Valeriano, obispo de Cimelea en el siglo v, nos asegura en sus tres panegíricos á este mártir, que en sus reliquias fueron obrados muchos milagros.

En la iglesia del Hospital general de Santa Cruz de Barcelona se venera la imágen de un S. Poncio ó Pons, obispo y mártir, especial abogado contra los chinchos.

La misa es en honra de S. Bonifacio, y la oracion la que sigue:

Concédenos, ó Dios omnipo-
tente, que los que celebramos
ayudados con su intercesion.
La festividad de tu bienaventu-
Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 5 de la Sabiduria, y la misma que el dia 1, fol. 25.

REFLEXIONES.

¡Qué necios fuimos! ¡qué insensatos! dicen á la hora de la muerte los mundanos, los disolutos, los carnales, los impios. Esto se llama conocer muy tarde sus descaminos; ¿y de qué servirá entonces ese conocimiento? ¿qué efectos produce esa confesion? Turbaciones, arrepentimientos punzantes, pero estériles, un despecho que dista poco de la rabia; y una desesperacion que es seguida de la infelicidad eterna. El que voluntariamente se quiso mantener en la ilusion y en el error, el que quiso ser insensato en la vida, se hace prudente y discreto á la hora de la muerte; pero discrecion muda, sin actividad; discrecion puramente especulativa, que llega ya muy tarde; discrecion que descubre el error sin curarle, porque ya no es tiempo. Esta

discrecion tambien la tienen los demonios y los condenados en el infierno, ni mas ni menos, como tienen aquella fe que los espanta, que los descubre su brutalidad, que los hace estremecer, pero que no los convierte.

Verdaderamente causa grande compasion ver aquella fiera, aquella intrépida seguridad, y aun aquella complacencia con que los hombres se descaminan. Á poco que la voluntad y la razon estén de acuerdo en algun punto, ya no se admite ni la mas leve sospecha de error. La mayor ilusion se juzga por la mas constante verdad, y aun muchas veces por primer principio en la filosofia del mundo. De aquí nace aquella licencia de costumbres, á la verdad civilizada ya, y como cultivada; pero licencia cuya corrupcion causa tanto mayor estrago, cuanto parece menor su disonancia, no causando espanto ni aun novedad.

No se habla ahora de aquellos groseros desórdenes, de aquellas disoluciones, que siempre se miran con horror, y que condenan todos los hombres de bien; háblase de aquellos vicios domesticados, de aquellas pasiones connaturalizadas, que el amor propio ha encontrado modo de hacer que reinen pacíficamente aun entre gentes que hacen profesion de devotas. La pasion dominante y el vicio favorecido de cada uno logran de ordinario esta suerte. Que fatigue, que atormente, que consuma el cuerpo, y que desgaste el espiritu, no se le inquieta; como su dominacion es tan dulce, siempre es tranquila; se escusan, y aun se autorizan hasta sus mismos excesos. Nada espanta mas que los sistemas de bondad, de honradez y aun de virtud que cada uno se forja á favor de la ilusion. Siempre codiciosos de bienes, siempre mas y mas afanados por acumularlos, siempre esclavos de una insaciable avaricia, todo se sacrifica al interés; quietud, amigos, conciencia, á este ídolo se ha de ofrecer, se ha de inmolar todo. Si la religion, si la razon, si la conciencia gritan que es impiedad, que es injusticia, no se les da oidos; porque en el tribunal que favorece á la pasion están corrompidos todos los testigos. Cuando el amor propio quiere, por decirlo así, elevar al trono la ambicion, la avaricia ó alguna otra de aquellas pasiones á que es mas propensa la inclinacion del corazon humano, tiene gran cuidado de ganar primero la razon. Una vez que logre su voto, no solamente todo cede, sino que todo concurre á hacer su reino tranquilo. Ya no se piensa en descubrir su tiranía, sino en amar su opresion y su dureza. Esta es la grande obra de aquellas ilusiones, que lo son mas del corazon que del entendimiento. Llega este desvario hasta una especie de insensatez. Hágase la pintura mas viva y mas natural de la pasion domi-

nante, ó del vicio mas favorecido de cada uno; represéntese con los colores mas espresivos, todos son muy ingeniosos para aplicárselo á otros, y ninguno hay que reconozca en ella su retrato. No se piensa mas que en ganancias; no se trata mas que en negocios; no se ocupa el tiempo mas que en expedientes; pasóse toda la vida en un trabajo duro y penoso que la ilusion llama gobierno, prevencion y prudencia. Un suceso feliz, pero pequeño, aunque nunca corresponda á la esperanza, aviva mas los deseos en vez de apagarlos. En medio de una disposicion tan poco cristiana se vive sin remordimientos, porque el corazon y el juicio caminan de inteligencia. La preocupacion cierra la puerta á todas las reflexiones; con que nada puede disipar aquella niebla. No se da oidos á los consejos saludables, ni tienen entrada las mas fuertes inspiraciones. Una vez muda la conciencia, ni aun se advierte el peligro de que se vive con error. Luego que se vió Sanson esclavo, perdió la fuerza y los ojos; imágen viva de nuestras ilusiones: *Nos insensati*. ¿A qué de cosas llamáremos locura, si no lo es la falsa seguridad de muchísimas personas? A la hora de la muerte se desvanecen todas las ilusiones; entonces se ve, se piensa, se discurre con acierto; ¿mas para qué? para inferir que todo se ha perdido: *Ergo erravimus*. Sin- ceridad llena de desesperacion.

El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan, y el mismo que el dia VII, folio 134.

MEDITACION.

De la vida estéril en buenas obras.

PUNTO PRIMERO.—Considera cuanto ha hecho Dios por nuestra salvacion; cuanto ha trabajado hasta ahora para que diésemos fruto; con qué bondad nos ha estrechado, solicitado y ofrecido mil medios para santificarnos.

Trae á la memoria aquella parábola, por una parte tan instructiva, y por otra tan eficaz, de que se valió el Salvador, cuando dijo que habiendo venido el padre de familias á recoger el fruto de una higuera que habia plantado en una viña, y hallando que ninguno habia dado, dijo al cachican: Ya ves que ha tres años que vengo á buscar el fruto de esta higuera, y en todos tres no ha dado fruto alguno; córtala, pues, que no es razon ocupe inútilmente la tierra. El cachican le respondió: Señor, tened á bien que se mantenga un año mas; yo la cultivaré, y si

el fruto no correspondiere á mi cultivo, entonces se podrá cortar.

Estábamos plantados en el campo del mundo como árboles estériles, desecados y carcomidos con el pecado original. Trasplantónos Dios, por decirlo así, al campo fértil de su Iglesia, por un efecto particular de su misericordia, prefiriéndonos á tantos otros; ó por gracia aun mucho mas especial nos trasplantó al campo de la religion, si tenemos la dicha de haber abrazado el estado religioso.

¿Hemos hecho alguna vez digna reflexion sobre la ventaja que logramos en haber sido trasplantados á una tierra tan santa, tan cultivada con los trabajos, y tan regada con el sudor y con la sangre de un hombre Dios? Esta es aquella tierra que en todos tiempos ha producido aquellos ilustres héroes del cristianismo, y que todos los dias está produciendo tan grandes santos de todas edades, de todos sexos y de toda suerte de estados. Esas grandes almas con la misma cultura, esto es, con los mismos auxilios que nosotros logramos, dieron y están dando cada dia frutos dignos de la vida eterna.

No tuvieron otro Evangelio ni otros sacramentos; los auxilios en todos tiempos han sido abundantes. Solo tuvieron cuidado de vivir segun las máximas de Jesucristo; de aprovecharse del frecuente uso de los sacramentos; de cumplir exactamente con las obligaciones de su estado, y de corresponder con fidelidad á la gracia.

Si merecemos la dicha de vivir en el estado religioso, miremos á los grandes santos que nos precedieron como originales ó modelos que debemos imitar. No tuvieron otras reglas que las nuestras; solo fueron mas fieles en observarlas, y solo con observarlas se hicieron santos. Fuera de eso, nosotros logramos una ventaja que no lograron ellos, y es el estímulo de sus buenos ejemplos. Ellos fueron los primeros, y nos enseñaron qué cosa tan dulce y tan segura es el seguirlos. Nosotros mismos confesamos que fueron verdaderamente discretos, y verdaderamente dichosos en haber vivido como vivieron; ¿seremos nosotros prudentes, y podremos racionalmente esperar que seremos felices viviendo como vivimos? ¡Mi Dios, qué manantial este de reflexiones, de arrepentimientos, y acaso tambien de un justo sobresalto, considerando mis ingratitudes, mi cobardía y mis infidelidades pasadas! ¡y qué deberé yo esperar, si no producen otro fruto estas reflexiones!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que no hemos recibido de Dios solamente los beneficios ordinarios y comunes. Cada uno encuen-

tra dentro de sí mismo grandes motivos para confundirse á vista de las singulares misericordias del Señor y de su propia ingratitude. Traigamos á la memoria todos los particulares esmeros con que Dios ha procurado cultivarnos, para empeñarnos en rendir abundantes frutos.

¡Qué providencia mas amorosa desde la misma cuna! ¡qué serie mas continuada de auxilios y de medios poderosos por todo el curso de nuestra vida! ¡cuantos buenos pensamientos, cuantas nobles ilustraciones desde que amaneció en nosotros el uso de la razon! ¿Podrémos contar el número de todas las gracias que Dios nos ha dispensado desde que estamos en el mundo? ¡Cuantas veces nos ha sustentado con el pan de los ángeles; esto es, con su propia carne y con su preciosa sangre! ¡cuantas nos habló en lo interior del corazón con secretas inspiraciones! ¡cuantas luces sobrenaturales, cuantas sollicitaciones amorosas, cuantos fuertes impulsos, cuantas gracias, cuantos auxilios en aquellas comuniones, en aquel sermón, en aquellas enfermedades, en la noticia de aquella muerte, á vista de aquel fracaso, en aquella conversacion, de esta misma lectura! ¡cuantos avisos, cuantos buenos ejemplos, y de cuantos otros cien singulares favores nos ha colmado Dios!

Ciertamente no eran menester tantos medios para hacer un santo de primera magnitud. ¿Y cuantos santos habrá en el cielo que no tuvieron tantos? Con todo eso dieron copiosos frutos de santidad; aprovecharon bien sus talentos, y su vida fué fértil en buenas obras. Ni la falsa brillantez de las grandezas humanas, ni el contagio de los malos ejemplos, nada fué bastante para alterar su constancia. Trabajaron eficazmente en el negocio de su salvacion, correspondiendo á la gracia; y colmados de méritos, gozan al presente de la eterna bienaventuranza, justa recompensa de su fidelidad. ¡Cuanto debe confundir á los cristianos cobardes y á los religiosos tibios el ejemplo solo de S. Bonifacio!

Considera seriamente y sin lisonjarte, si habiendo recibido los mismos auxilios que estos santos, ha sido tu vida fecunda en buenas obras como la suya; y si la sangre de Jesucristo, que te ha regado como á ellos, ha producido en tí copiosos frutos. No nos escusemos con la mala calidad del terreno; de suyo todo es ingrato, ni de su naturaleza produce mas que abrojos y espinas; para cultivarle es menester continuacion y aplicacion al trabajo.

¡O Dios mio, y cuanta verdad es que yo soy aquel sarmiento que solamente sirve para ser arrojado en el fuego! ¡qué miseri-

cordia, qué bondad la de haberme sufrido tanto tiempo! ¡oh, y qué sensible impresion hace en mí vuestra paciencia! No os canséis, Señor, de esperarme ni de asistirme con vuestra gracia; desde este punto me rindo, y mediante vos, ninguna cosa será capaz de hacer abortar mi conversion.

JACULATORIAS. — ¿Qué tiempo mas oportuno, Señor, para producir frutos, y dejar de ser estéril, que este tiempo en que tan mal se observan vuestros mandamientos? (*Psalm. 118.*)

Bendito seais, Señor, por haberme sufrido tanto tiempo. Ahora solo deseo que me deis á entender vuestra voluntad, y os suplico me concedais gracia para obedecerla. (*Psalm. 118.*)

PROPOSITOS.

1 ¿Qué importa que la cepa esté arraigada por medio de la fe? Todo vástago infructuoso se corta y se echa á tierra: *Om-nem palmitem in me non ferentem fructum, tollet eum.* (*Joann. 15.*) Es preciso producir mas que flores y hojas; no basta esto; es menester que hasta los mismos frutos vengan en sazón. Tiénese la fe; ¿pero la fe sin obras de qué sirve? Estas son las que se llaman frutos. ¿Has negociado al doble con los talentos que has recibido? ¿has llevado frutos dignos de penitencia? ¿son tus dias verdaderamente llenos? Has sido prevenido con mil bendiciones, te ha socorrido Dios con grandes auxilios, has recibido de su liberalidad singulares gracias; ¿qué fruto ha producido todo esto? ¿qué reforma de costumbres? ¿qué aumento de fervor? ¿qué ternura de devocion? Acuérdate que fué castigado aquel siervo que no negoció con el talento, sin valerle el haberle conservado intacto. Una vida infructuosa é inútil siempre es digna de reprehension.

2 Hay frutos de diferentes especies, ó hay varias calidades de frutos. Unos siempre están verdes, y jamás maduran; otros son ásperos y de gusto desabrido; otros están roídos ó carcomidos; y algunos hay que no tienen mas que un lindo color, una bella apariencia. Ten presente que las obras de mayor edificacion se corrompen muchas veces por un motivo bastardo. El secreto orgullo suele ser un gusano que roe la mayor parte de las buenas obras. Son ingeniosas las pasiones, y saben disfrazarse con mucho arte. Súelese tener por zelo lo que muchas veces no es mas que viveza ó vivacidad de genio, ó una actividad natural en que tiene mucha parte la vanidad, aunque parezca servirle de motivo la mayor gloria de Dios y el deseo de la sal-

vacion de las almas. Es menester que nuestros frutos sean de sazón para estar maduros: quiero decir, que las virtudes que practicamos sean propias de nuestro estado. Una mujer casada, y madre de familias, que todo el día quisiera estarse en la iglesia, desagradaría mucho á Dios; al mismo tiempo que le agrada mucho una religiosa que pasa en ella la mayor parte de la vida. Considera bien de qué calidad son las buenas obras que practicas, cuales los motivos, y cuales los frutos, no sea que tus devociones te hagan mas enfadoso y mas intratable. Personas hay que nunca se muestran de peor humor que cuando han estado largas horas en la iglesia. ¡Y cuantas hay que solo trabajan por parecer bien al mundo! Su vida es laboriosa, pero infructuosa para la eternidad. ¿Eres tú de este carácter?

DIA XV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS TORCUATO, CTESIFONTE, SEGUNDO, INDALECIO, CECILIO, HESIQÜIO Y EUFRASIO, en España, los cuales fueron consagrados obispos en Roma por los santos Apóstoles, y enviados á España á predicar el Evangelio; y habiéndole predicado en varias ciudades, conquistando á la fe católica un sin número de almas, murieron en diversos lugares de este reino: Torcuato en Guadix; Ctesifonte en Bejar; Segundo en Avila; Indalecio en Almería (*Urci*); Cecilio en Cartagena (*Iliberi*); Hesiquio en Astorga (*Carteya*); y Eufrasio en Andujar (*Iliturgi*). (Véase su noticia en las de hoy.)

SAN MANCIO, mártir, en Eborá en Portugal. (Véase su historia el día de hoy.)

SAN ISIDORO, mártir, en la isla de Chio, en cuya iglesia hay un pozo, en el cual dicen que fué echado, cuya agua frecuentemente sana á los enfermos que la beben. (Es patron de los navegantes en los mares de Grecia y muy esclarecido por los milagros que obra en favor de los que invocan su mediacion.)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS PEDRO, ANDRÉS, PABLO Y DIONISIA, en Lamosac en el Helesponto.

SAN SIMPLICIO, obispo y mártir, en Fausina en Cerdeña, quien en tiempo del emperador Diocleciano, siendo presidente Bárbaro, consumió el martirio traspasado con una lanza.

LOS SANTOS MÁRTIRES CASIO, VITORINO, MÁXIMO Y SUS COMPAÑEROS, en Auvernia.

SANTA DIMPNA, virgen y mártir, hija de un rey de Hibernia (Irlanda), en Brabante, la cual fué degollada por orden de su propio padre, por mantenerse constante en la fe católica y en conservar la virginidad (contra la ceguedad y locura de aquél).